

SEMBLANZAS CATALANAS

LA CATALUÑA PLURAL
EN LA ESPAÑA GLOBAL

Ricardo García Cárcel
y María Ángeles Pérez Samper (eds.)

SEMBLANZAS CATALANAS

LA CATALUÑA PLURAL EN LA ESPAÑA GLOBAL

ROSA MARÍA ALABRÚS IGLESIAS, DANIEL ARASA, JOSÉ LUIS BETRÁN, MÀRIUS CAROL,
JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO, SERGI DORIA, MIGUEL ESCUDERO,
MARIELA FARGAS PEÑARROCHA, ANTONIO FERNÁNDEZ LUZÓN,
RICARDO GARCÍA CÁRCEL, MARCELINO JIMÉNEZ LEÓN, MARÍA TERESA MARTÍNEZ DE SAS,
FRANCISCO MARTÍNEZ HOYOS, FEDERICO MARTÍNEZ RODA, CARLOS MARTÍNEZ SHAW,
VERA CRUZ MIRANDA MENACHO, PERE MOLAS, ANDREU NAVARRA, JAVIER PANIAGUA,
MARÍA ÁNGELES PÉREZ SAMPER, DANIEL RUBIO RUIZ, PILAR SARRIAS DE ROS,
GABRIEL TORTELLA, ÓSCAR UCEDA, SERGIO VILA-SANJUÁN

CÁTEDRA
HISTORIA. SERIE MAYOR

1.ª edición, 2022

Ilustración de cubierta: INGenius

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© De los autores, 2022
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 2040-2022
I.S.B.N.: 978-84-376-4408-0
Printed in Spain

Presentación

RICARDO GARCÍA CÁRCEL
Y M.^a ÁNGELES PÉREZ SAMPER

Este libro, ante todo, pretende ahondar en los objetivos que nos trazamos en anteriores publicaciones. Se trata de combatir la visión fatalista que se viene haciendo desde planteamientos políticos sectarios respecto a la dialéctica de Cataluña en relación con el conjunto de España. Efectivamente, se ha venido reiterando el paradigma de una historia de Cataluña enfrentada estructuralmente, irreversiblemente, con una España asimilada a Castilla. Contra esta imagen, hemos sostenido y sostenemos que el presunto hecho diferencial histórico como fuente de conflicto pasado y presente se ha sobredimensionado hasta extremos que solo han servido a posiciones supremacistas y/o victimistas. La historia científica, no el discurso político ni el relato literario imaginario, pone en evidencia que las relaciones de Cataluña con el Estado han pasado por múltiples fluctuaciones, que, desde luego, nada tienen que ver con presuntas naturalezas identitarias diferentes y contrarias. Sin duda, el papel de Cataluña, tanto en el marco del pasado histórico español como en el presente, ha sido y es trascendental, con etapas de conflicto incuestionable, pero también con periodos de plena y absoluta simbiosis en todos los sentidos. Nos parece fundamental reiterar, pues, que no ha existido en el pasado ni existe en el presente un supuesto determinismo conflictivo en el que algunos creen, en la medida en que, al parecer, lo desean.

Convencidos, pues, de que hay que revisar determinados clichés o tópicos que se han vertido en el marco de la historia de Cataluña, como se han hecho también en el escenario de la historia de España en su globalidad, abordamos en este libro un nuevo replanteamiento del significado de Cataluña en el conjunto de España. Y lo hacemos a partir de las biografías de un ramillete de vidas de catalanes, desde el siglo XVI hasta el momento presente.

La biografía, como ha subrayado Anna Caballé, permite dar voz a los individuos más allá de las fuerzas telúricas de alcance imprevisible. La historia la hacen los hombres y las mujeres. Conocer en profundidad los perfiles de los sujetos agentes y pacientes de la historia nos permite comprender la importancia de la

voluntad humana, siempre en el marco de los diversos contextos históricos, por encima de cualquier determinismo. No se trata de asumir la biografía como testimonio de excelencia o la búsqueda de ejemplaridades o celebridades mágicas, sino de explorar la complejidad de las propias conductas con las respuestas concretas que se ofrecen a los retos planteados en cada coyuntura.

En este libro se aborda una treintena de personajes históricos, todos ellos unidos por la condición de nacidos en Cataluña o muy próximos al ámbito catalán, que vivieron, gozaron y sufrieron momentos históricos muy diferentes y que tomaron decisiones distintas respecto a la problemática de sus respectivos escenarios históricos. Catalanes y catalanas que tuvieron ocasión de proyectar sus propias vivencias más allá del ombligo patrio.

A partir de estas consideraciones, queremos subrayar lo que nos parecen principales aportaciones de esta obra. La primera es que aquí no se olvida el papel histórico de las mujeres. Demasiado tiempo se ha despreciado el rol femenino en la historia. Aquí el lector se encontrará con personajes femeninos, algunos poco conocidos, por poco estudiados, que tuvieron su proyección fuera del ámbito catalán. Ahí están las mujeres ignacianas que tanto influyeron en la génesis de la Compañía de Jesús (de Estefanía de Recasens a Isabel de Josa o Isabel Roser) y que aquí ha estudiado Rosa María Alabrús Iglesias, que desde la dirección de la cátedra Rey Martín el Humano, conde de Barcelona, de la Universidad Abat Oliba CEU de Barcelona, ha contribuido, decisivamente, a la gestión de este proyecto y a la culminación feliz del libro. También emergen figuras como Margarita Erill, una noble que se movió entre Barcelona, Madrid y Viena, siempre fiel a la monarquía de Felipe IV, y que es objeto del estudio de Mariela Fargas. Y no falta una mujer como Federica Montseny, ministra de Sanidad en el gobierno republicano de noviembre de 1936 a mayo de 1937, con su singular capacidad de conjugar el anarquismo con el feminismo tras convencerse de que ambos sexos estaban oprimidos y de «que solo existe una liberación por la que han de luchar hombres y mujeres» y, desde luego, de comprender el simbolismo de los apellidos catalanes, como cuando se refería a su amigo, un tal López, que decía aquello de «no sabe usted lo que yo daría por llamarme Montseny como usted». El personaje es radiografiado por Miguel Escudero en el capítulo que dedica al anarcosindicalismo en Cataluña.

La segunda aportación que nos gustaría subrayar es que en este libro no solo se examina la dialéctica política de Cataluña con el Estado sino que, a través de los personajes escogidos, se rastrean los vínculos socioeconómicos y culturales de todo tipo. Ciertamente, la política está siempre presente. Una política contextualizada en circunstancias muy diferentes, en el ámbito de conflictos y en el de situaciones idílicas. Aquí el lector revivirá conflictos como el de la revolución de 1640, la Guerra de Sucesión y su conclusión de 1714, la guerra del francés o de la Independencia y su deriva en las Cortes de Cádiz y, por supuesto, el frenesí de los

años de las dos repúblicas. José Luis Betrán ha desmenuzado la coyuntura del desengaño catalán al final de la *guerra dels segadors* a través del discurso de personajes como el agustino Gabriel Agustí Rius, el exiliado Ramon Dalmau y Rocafortí o el vocacional de la mediación que fue Alexandre Ros, todos ellos catalanes testigos directos del proceso hacia el fracaso de la Cataluña revolucionaria desde aquel mítico *Corpus de Sang* de 1640. También en el libro se produce la inmersión en el conflicto de la Guerra de Sucesión a partir de la biografía de Pau Ignasi Dalmases, estudiada por Pilar Sarrias. Perteneciente a una familia de posiciones políticas plurales, Dalmases, embajador de Cataluña en Inglaterra desde 1713, apoyó como diplomático la causa austracista en Londres. A partir del final del sitio de Barcelona el 11 de septiembre de 1714, Dalmases pidió a Felipe V su retorno e integración en la Cataluña borbónica. Un testimonio de la movilidad ideológica en estos tiempos históricos. Óscar Uceda, por su parte, ha explorado los primeros años de la guerra contra Napoleón a través del análisis de la revuelta de junio de 1809 con los héroes-mártires catalanes del momento (los Pou, Gallifa, Massana, Auleta...), que dieron su vida por rebelarse contra los franceses, lo que constituye, de alguna manera, un *remake* un año después del mítico Dos de Mayo madrileño retratado por Goya. Daniel Rubio ha examinado el trascendental papel que desempeñó en las Cortes de Cádiz el catedrático y cancelario de Cervera Llàtzer de Dou, cabeza de los catalanes en aquellas Cortes que produjeron la primera de las constituciones españolas, para dejar constancia de que aquellos diputados catalanes no ejercieron como «minoría catalana» sino que estuvieron siempre al servicio de las ideologías políticas liberales o conservadoras de la España de la época.

Respecto a las experiencias republicanas, se recorre la vida de Estanislao Figueras, presidente que fue de la Primera República por breve tiempo, al que califica Federico Martínez Roda, en su estudio, de «enigmático» y que, ciertamente, vivió su fracaso político con no poco distanciamiento y perplejidad en el mismo grado que con la honestidad del que nunca entendió bien su propio entorno político. Respecto a la Segunda República, se ha analizado a personajes como Marcelino Domingo, diputado en las Cortes de 1931 y ministro de Instrucción Pública en el primer bienio republicano, uno de los pioneros del autonomismo político catalán en 1918, que en el estudio de Daniel Sarasa es confrontado con su paisano Joaquín Bau (el uno nacido en Tarragona, el otro en Tortosa), con trece años de diferencia y una ejecutoria política absolutamente contraria. El ya citado Miguel Escudero recorre, por su parte, no solo la biografía de Federica Montseny sino la de los otros ministros anarcosindicalistas catalanes (García Oliver y Joan Peiró), así como el papel de Barcelona como la ciudad que atrajo a las grandes figuras del anarquismo de las primeras décadas del siglo (de los leoneses Pestaña o Durruti al aragonés Ascaso), todos ellos, catalanes y no catalanes, muy críticos con el supremacismo nacionalista.

El libro pretende abarcar situaciones y personajes de todos los perfiles políticos y sociales. Así el lector se encontrará, en el estudio de Pere Molas, con Joan Pau Canals, personaje que representa bien a la burguesía catalana del siglo XVIII que, nacida en el comercio y formada en el mundo de las indianas, supo dar el salto cualitativo de la economía a la cultura con brillantez. María Ángeles Pérez Samper ha recorrido varias generaciones de la familia Güell que representan muy bien la extraordinaria conjunción de la política, la economía y la cultura, con especial énfasis en la figura de Eusebio Güell Bacigalupe, especialmente conocido por su condición de mecenas de Gaudí, concejal del Ayuntamiento de Barcelona que recibió el título de conde de Güell por parte de Alfonso XIII en reconocimiento de su gran contribución a la economía y cultura españolas. Casado con la hija del marqués de Comillas, fue hombre clave en las relaciones de Cataluña con la monarquía en los años de la Restauración hasta su muerte en 1918. En la misma línea de recorrido generacional, Màrius Carol ha rastreado la trayectoria de los Godó, incluso desde los antecesores a la fundación de *La Vanguardia* por parte de Bartolomé y Carles Godó allá por 1881. La trayectoria de esta familia le descubrirá al lector la extraordinaria significación política y cultural que este periódico ha tenido en la proyección de Cataluña en el conjunto de España, como dice el autor del texto en lo que se refiere al acatamiento institucional y a la defensa del orden establecido.

Si en el libro se han cultivado las biografías colectivas e intergeneracionales, también se han asumido personajes estrictamente individuales de todas las ideologías, desde Narcís Feliu de la Peña, analizado por Carlos Martínez Shaw, hasta Rius i Taulat, alcalde de Barcelona, estudiado por Antonio Fernández Luzón. El primero es el hombre que cubre la transición del siglo XVII al XVIII y se convierte en pionero de la formación de la burguesía comercial catalana y del cultivo de la memoria histórica catalana en su obra clásica *Anales de Cataluña*. Rius i Taulat es el hombre que simboliza como nadie el testimonio de la colaboración de Cataluña con el Estado en tiempos de la Restauración.

Al lado de los representantes de la burguesía, y aparte de los anarquistas antes citados, no faltan en el libro personajes provenientes de otros sectores de la izquierda. Ahí están figuras poco conocidas como el socialista Antonio Fabra i Ribas —estudiado por María Teresa Martínez de Sas—, que articuló propuestas posibilistas de colaboración de Cataluña con el Estado que se frustraron en el marco del radicalismo político del momento que le tocó vivir.

Y desde luego, en el libro no faltan representantes de la Iglesia. Si Rosa María Alabrús, como hemos dicho, plantea la significación que Cataluña ha tenido no solo en el nacimiento de la Compañía de Jesús sino en su propia proyección, también constatamos la trascendencia histórica que han tenido personajes como el padre Claret (estudiado por Vera Cruz Miranda), desde 1934 elevado a la condición de beato por el papa Pío XI, desde 1950 santo merced a Pío XII y que tuvo

una trayectoria singular entre Cataluña, Madrid y Cuba con una extraordinaria influencia sobre la reina Isabel II, al mismo tiempo que tejió las redes de vinculación entre Iglesia y Estado. Entre las figuras pertenecientes al clero, en el libro tenían que estar presentes los cardenales catalanes que vivieron el tránsito de la república al franquismo con sus distintos perfiles políticos: Vidal i Barraquer, Gomá y Pla i Deniel, que se movieron en actitudes diferentes, desde las simpatías republicanas hasta la conceptualización de la guerra civil como cruzada, pasando por los sueños de la hispanidad. Estos personajes han sido analizados por José Manuel Cuenca Toribio.

En el libro se dedica especial atención a personajes de la época del franquismo para replantear algunas imágenes demasiado simplistas de este periodo histórico. La figura de Eugeni d'Ors es analizada en el capítulo de Andreu Navarra, que permite matizar la típica y tónica diferenciación entre la etapa supuestamente catalana y la supuestamente castellana de D'Ors desde 1920. Al respecto, se aportan precisiones que cuestionan esta bipolaridad y su presunta cronología evolutiva matizando la complejidad del pensamiento de D'Ors. Complejidad es el diagnóstico que emana de muchos de los personajes catalanes del franquismo. El primer franquismo lo vivió Vicens Vives, que había nacido en 1910 y murió en 1960. En el estudio sobre el gran maestro de historiadores, Ricardo García Cárcel ha desbrozado los perfiles del historiador-político, su trayectoria como historiador y sus aportaciones políticas en la normalización de la cultura catalana, buscando fórmulas de integración cultural y política de Cataluña en el Estado con amistades extraordinarias con personajes como Tarradellas que obligan a plantearse cómo habría sido la evolución de la historia de Cataluña con Vicens vivo. ¿Anticipación del pujolismo ulterior? ¿Un modelo alternativo para Cataluña en España? Hombre de diálogo fue, sin duda, Guillermo Díaz Plaja —estudiado por Marcelino Jiménez—, personaje que se erige en testimonio de la capacidad de mediación en el marco del franquismo de figuras del mundo académico universitario. La universidad como escenario desde el que se podía formar a las generaciones más jóvenes en la conquista de la democracia y la libertad superando la triste memoria reciente.

Pero no solo la universidad. Ahí están los hermanos Pannikar y Pániker, Raimon y Salvador, los dos enfrentados entre sí y los dos arrastrando múltiples contradicciones religiosas y políticas muy bien expuestas por Francisco Martínez Hoyos. Personajes atípicos, exóticos, testimonio de las muy distintas vías que se barajaron en el marco de la transición política española.

La historia más reciente abordada en el libro cubre desde el segundo franquismo hasta la actualidad. Gabriel Tortella nos ha presentado el trascendental papel que tuvieron en el segundo franquismo los grandes economistas catalanes Sardà, Beltrán y Estapé, gestores del desarrollismo económico. Estapé es, especialmente, reflejo de la complejidad de los colaboradores en el último franquismo, con capacidad de establecer un singular distanciamiento entre su papel como economista

del régimen y sus ideas políticas, con la ironía como el mejor vehículo para superar las contradicciones.

Sergi Doria nos introduce en la nostalgia del 92 a través de la biografía de Samaranch y Maragall, que desde perfiles ideológicos tan distintos fueron decisivos para ese gran salto cualitativo que supusieron los Juegos Olímpicos para España, más que nunca presente en Cataluña. Javier Paniagua nos ha analizado la figura de Ernest Lluch, el político asesinado por ETA en el año 2000, y que es contemplado como reflejo de la lucha por el diálogo permanente, el voluntarismo optimista a la hora de abordar los problemas, la conjunción del intelectual teórico y de la práctica posibilista y, en definitiva, testimonio de los límites del propio diálogo y la audacia constructiva.

Singular interés tiene el último capítulo del libro, escrito por Sergio Vila-Sanjuán y dedicado a la figura de Carlos Ruiz Zafón, el gran novelista de proyección universal, de madre catalana y padre valenciano. Su biografía, a través de las informaciones aportadas por las varias entrevistas del novelista con el periodista, a los que les unía una gran amistad, refleja bien a un hombre con pleno sentido de la modernidad, que vivió y escribió entre Los Ángeles y Barcelona y que se erigió en triunfador a caballo de un género singular como la novela gótica. Ruiz Zafón siempre apostó por las personas antes que por las identidades: «lo que nunca cambió y nunca cambiará es la naturaleza humana y que el mundo en que vivimos no es más que el que creamos entre todos y que es un simple reflejo de lo que somos, con lo bueno y lo malo», la condición de las personas por encima de cualquier otro ropaje identitario.

Este personaje, como los Güell y tantos otros del libro, refleja bien lo que entendemos por una España global, un Estado inclusivo e integrador, con capacidad de influencia y de proyección de una buena imagen en todo el mundo.

La historia, como la vida, es compleja. Este libro pretende insistir en esa complejidad en un momento de simplificaciones interesadas que reducen la vida y la historia a identidades y opciones únicas. A través de los variados ejemplos que aparecen en estas páginas, buscamos mostrar la riqueza de posibilidades de cada vida. Los catalanes protagonistas del libro entendieron y vivieron sus vidas en muchas dimensiones, fruto de las circunstancias de sus momentos históricos y de su propia voluntad. Las identidades y compromisos no son únicos ni incompatibles. Suman, nunca restan. Hay muchas maneras de ejercer la catalanidad, como hay muchas maneras de sentirse españoles. La pluralidad nos parece fundamental. Todo lo contrario que el reduccionismo identitario que ahoga y limita.

CAPÍTULO PRIMERO

El papel de Cataluña en la proyección hispánica de la Compañía de Jesús

ROSA M.^a ALABRÚS IGLESIAS

(Directora de la cátedra Rey Martín el Humano.
Universitat Abat Oliba CEU)

La influencia catalana en la proyección de Ignacio de Loyola hacia la fundación de la Compañía de Jesús y en la difusión ulterior de esta fue trascendental. El desplazamiento a Cataluña de Ignacio en 1522 marcó un hito decisivo en su trayectoria vital. Inicialmente, se hospedó en el monasterio de benedictinos de Montserrat tras abandonar el hábito militar. Abad de Montserrat fue García Jiménez de Cisneros, primo del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros. Significativamente, se publicarían en Montserrat, en 1500, los primeros libros, en castellano, editados en el ámbito catalán: el *Directorio de las horas canónicas* y el *Exercitatorio de la vida espiritual*, escritos, precisamente, por García de Cisneros.

Las grandes biografías del fundador de la Compañía, como la llamada *Autobiografía*, escrita, entre 1553 y 1555, por González de Cámara, las clásicas vidas escritas por Pedro de Ribadeneyra (publicada en latín en 1572 y en castellano en 1583) y Pedro Maffei (1586), así como los escritos en los siglos XVII y XVIII (especialmente Juan Eusebio Nieremberg), aportan notable información sobre los once meses de vida de Ignacio en Manresa (García Hernán, 2013). Allí se forjó su futuro: experimentó visiones y tribulaciones varias, logró la paz espiritual que buscaba, recibió la inspiración de fundar la Compañía, escribió los *Ejercicios espirituales*... Fue en la capital del Bages donde se produjo el presunto rapto con la vida solitaria en la cueva, tema sobre el que no han faltado polémicas.

En el manuscrito anónimo de mediados del siglo XVIII titulado *Ejercicios espirituales del glorioso patriarca san Ignacio de Loyola*, compendio de la vida del santo, se otorga especial énfasis a la estancia catalana del mismo. Son bien interesantes las lecciones que el anónimo escritor catalán extrae de la vida del santo:

Y aquí también, antes de pasar adelante, nos parece oportuno hacer tres advertencias. La primera, que nadie se espante de imitar a San Ignacio, pues no le han de imitar todos con igual elevación, sino cada uno, según su vocación, o según su estado y circunstancias, en lo que Dios quiere que haya una gran variedad para la hermosura de la Iglesia. Ni tampoco les ha de espantar el Método cristiano de vida que tomaren ni que la presencia de Dios haya de ser continua. Pues en cuanto al método, con el hábito, se les hará fácil. Y en cuanto a la Presencia de Dios, solo ha de ser continua moralmente, esto es, muy frecuente; que es como ha de ser continua la caridad actual para la perfección cristiana. La segunda, que, a la verdad, como veremos lo que nos queda en la vida del santo, para servir a Dios es menester padecer. Pero también padecen, y, a veces, más, los que sirven a sus gustos y padecen sin la paz y esperanza de la buena conciencia, que vale más que todos los placeres del mundo. La tercera, que San Ignacio desde su conversión, que fue a los treinta años de su edad, hasta lo último de su vida, que pasó de sesenta y cinco años, de día en día fue siempre creciendo en el aprovechamiento de sus espíritus o en la santidad y ya se explicará, en otro lugar, como por confesión del mismo santo, a que le obligó la gloria de Dios, se sabe esto, pues si en Manresa, según hemos visto, y en otras partes, según veremos, era ya tan santo: que sería después, finalmente, cuando murió en Roma.

Los catalanes influyeron, de manera decisiva, en la proyección vital de Ignacio. Últimamente, se ha incidido en el papel de las mujeres en su vida, en este momento histórico (*Compendio de la vida de San Ignacio*, 37-57). Ignacio trató, en Manresa, a María de Santo Domingo (la beata Piedrahíta), que fue protegida por el cardenal Cisneros. La conexión entre Ignacio y ella ha sido estudiada por Enrique García Hernán (2013: 106-112, 120-127 y 343-344) y Casanovas (1947). Pero aparte de María de Santo Domingo, quien lo acogió, primeramente, en Manresa fue Inés Pascual. Se la conoce así por el apellido de su esposo. Su nombre originario era Inés Puyol. Inés, de origen judeoconverso, consideraba a Ignacio un «santo vivo», al igual que alguna de sus amigas, como Joana Serra Ferrera. Inés le hacía de madre y lo cuidaba como si de un pupilo desvalido se tratase.

Según Josep M.^a Benítez Riera, las mujeres que le acompañaron de Montserrat a Manresa fueron la citada Inés Pascual y Paula Amigant, Catalina Molina y Jerónima Claver. Esta última era la que controlaba el Hospital de Santa Lucía. Pascual se cuidó de su alimentación (Benítez Riera, 1996: 19). En febrero de 1523 Ignacio dejó Manresa y se fue a Barcelona. Después marcharía a Jerusalén. Volvería a Barcelona, donde residiría dos años y medio: de febrero de 1524 a mediados de julio de 1526. Su vida itinerante se deslizaría por Alcalá, Salamanca, París y Roma. Pero Barcelona siguió siendo su referente. Estuvo de nuevo en esta ciudad tres meses, de octubre de 1527 a enero de 1528 (Bada, 1991: 17-20). Tuvo el apoyo de mujeres de la nobleza y la burguesía catalanas, atraídas por la renovación espiritual que él les aportaba en aquella coyuntura histórica. Entre sus seguidoras cabe

mencionar a Estefanía de Requesens, Guiomar d'Hostalric, Aldonça Terré de Cardona, Isabel de Requesens Boixadors, Eleonor Sapila, Isabel de Josa, Isabel Roser... Todas tenían un buen patrimonio, y algunas, incluso, eran viudas o herederas, bien relacionadas con la corte.

Aldonça Terré se había casado con Alfonso de Cardona (estaba emparentada con el virrey); Estefanía de Requesens y su madre Hipólita Roís de Liori eran parientes de los Cardona; Eleanor Setantí Sapila era la esposa de Miquel Mai, vicescanciller de Aragón y embajador en Roma, al lado de Clemente VII... Mai fue la gran figura del humanismo catalán. Eleanor Setantí tenía una gran amistad con Estefanía de Requesens y con Isabel Roser (Gil Ambrona, 2017: 23-24 y 116-183; Sáez García, 2018: 89-119; Ahumada i Batlle, 2003). Guiomar d'Hostalric fue una de las grandes benefactoras de Ignacio e intermediaria, entre las personas de su entorno, de favores en la corte. Además, fue una de las que colaboró en la financiación de los hombres que acompañaban a Ignacio. Avaló a las monjas de Santa Clara como posible rama femenina dentro de la Compañía de Jesús (Alabrús Iglesias, 2019: 18-25; Sáez García, 2018: 96-97 y 102-104).

Guiomar d'Hostalric estaba casada con Francesc de Gralla. Ignacio se convirtió en un personaje muy conocido en la sociedad catalana del momento. Estas familias catalanas fueron las que postularon la santidad de él desde 1595 hasta 1622.

Estefanía de Requesens se había casado con Juan de Zúñiga y era hija del gobernador de Cataluña, Luis de Requesens, y de la valenciana Hipólita Roís de Liori i Montcada. Su hijo, Luis de Requesens, fue mentor y lugarteniente de Juan de Austria, intervino en Lepanto y obtuvo de Felipe II el nombramiento de gobernador de los Países Bajos. Cuando Estefanía se casó con Juan, ambos formaron parte del séquito real a partir de 1535. Ella volvió a Barcelona en 1546, tras enviudar.

Ignacio, en su estancia barcelonesa, incrementaría el ansia de reforma moral y religiosa. Aparte de las mujeres citadas, los hermanos Cassador (ambos llegarían a ser obispos de Barcelona), el maestro Jerónimo Ardèvol (seguidor del erasmismo y partidario de la *Gramática* de Nebrija y de traducir al castellano las Sagradas Escrituras) y el ya mencionado Miquel Mai (marido de Eleanor Setantí Sapila) constituían un foco humanista importante, potenciador de la necesidad de renovación moral (Bellsollé, 2011; Pérez Samper, 2020: 53-76).

Isabel d'Orrit (más conocida como Isabel de Josa) también fue protectora de Ignacio. Se casó con Guillermo de Josa y de Cardona. Al enviudar, a los veintiséis años, con tres hijos, según el cronista Jeroni Pujades, se hizo terciaria de la orden de San Francisco (Pujades, 1609; «Carta a Ignacio de Loyola, en Roma, desde Barcelona [1542]», 1537-1548). Su espiritualidad reformista era notoria. Quedó deslumbrada por Ignacio de Loyola, al igual que Isabel Roser. Isabel de Josa llegaría a predicar en la catedral de Roma y fundaría el Colegio delle Orfane de Vercegli y Santa Maria del Soccorso en Milán.

El fundador de los jesuitas quiso promover el recogimiento entre las mujeres de su época y la clausura en las comunidades religiosas femeninas. Determinó en este sentido ir a algunos conventos, como «aquel convento de dominicas de Nuestra Sra. de los Ángeles de Barcelona a predicar y hacer algunas pláticas espirituales». A pesar del gran eco que tuvo entre las élites, no fue tan bien acogido por los visitantes asiduos de este monasterio, que rechazaban la clausura y «determinaron maltratarlo», dándole tal paliza que tuvo que guardar cama 53 días. Isabel de Josa fue la que le ayudó en su recuperación (Sáez García, 2018: 187-192; Casanovas, 1947: 176).

Inés Pascual también lo atendió, dando fe de lo siguiente:

Estuvo un mes en la cama, en que le visitó toda la nobleza de Barcelona, donde era ya venerado como Apóstol y especialmente algunas Señoras principales, que le servían con gran piedad y devoción entre las demás. Doña Estefanía de Requesens (hija del conde Palamós), Doña Isabel de Boxadors, Doña Guiomar Gralla y Doña Isabel de Josa que se compadecían, extremadamente, de sus grandes dolores [...]. No se quitó el cilicio en toda la enfermedad hasta que se lo mandó su confesor Fray Diego de Alcántara, de la orden de san Francisco. Este cilicio guardó Juan Pascual (hijo de Inés Pascual), por una gran reliquia y lo dejó a sus hijos por la mejor herencia y con él, sanaron, en Barcelona, muchos enfermos de diversas enfermedades y el año 1606 llegó al poder del duque de Monteleón, don Héctor Pignatello, virrey de Cataluña, que lo dejó en su casa por un precioso tesoro de devoción y de milagros (García, 1722: 116).

Ignacio tuvo también gran predicamento entre la generación de monjas que profesó después de acabado el Concilio de Trento, como Jerónima de Rocabertí o su sobrina Hipólita de Jesús de Rocabertí y Soler (Alabrús Iglesias, 2014: 301-323).

La capacidad de influencia de las mujeres sobre Ignacio es un hecho incuestionable, pero también la de él sobre ellas por su singular carisma. La relación epistolar con Isabel Roser alcanzó sin duda elevados grados de intimidad, sorprendentes en una mujer casada y que no veía a su corresponsal desde 1528. En 1540 Ignacio fundó la Compañía de Jesús. Un año después, Isabel Roser enviudó. Ella, a través del testamento de su marido, heredó un importante patrimonio. En abril de 1543, Roser marchaba conjuntamente con otras dos mujeres, Isabel Josa y Francisca Cruilles, a Roma. No había querido vincularse a las jerónimas, tal y como se le había sugerido. Todas querían ser jesuitas. Una vez en Roma, Isabel siguió aportando enormes donaciones económicas a la incipiente Compañía, al mismo tiempo que se dedicaba a labores asistenciales. Ignacio reconoció: «os debo más que a cuantas personas en esta vida conozco». Isabel buscó el apoyo de Paulo III. En la curia de Roma contaba con amigos como Joan Cordelles para conseguir su propósito de ser aceptada en la Compañía, con los votos de pobreza, castidad y obediencia. El 25 de diciembre de 1545 profesó en la Compañía de

Jesús al lado de Francisca Cruilles y Lucrecia Bradine (conocida como beata capuchina). Isabel de Josa no llegó a ingresar en la Compañía.

Estas mujeres intentaron llevar a cabo el proyecto asistencial femenino en la Casa de Santa Marta, buscando remedio para las mujeres prostitutas o pobres de Roma. Isabel Roser ejercería el cargo de gobernadora, con el apoyo ignaciano inicial, pero también de la monarquía (a través de Margarita de Austria). Parece que Isabel Roser había escrito al obispo Cassador de Barcelona para decirle que volvería como jesuita (Gil Ambrona, 2017: 257-273).

El día antes de profesar, Isabel Roser renunció a todos sus bienes en favor de los jesuitas, estando presente Ignacio; pero, en el fondo, la profesión de ellas hizo creer al santo que le limitaría la libertad apostólica, según Ignasi Vila i Despujol y Hugo Rhaner (Vila i Despujol, 2013; Rahner, 2013). Se entrevistó con Paulo III y, al año siguiente, el 3 de noviembre de 1546, el sumo pontífice escribió una carta a las tres mujeres en la que les comunicaba que sus votos en la Compañía quedaban anulados. Les anunciaba que pasarían a depender, en lo sucesivo, de sus obispos en sus respectivas diócesis.

Poco antes de la decisión papal definitiva, Ignacio de Loyola e Isabel Roser tuvieron un conflictivo encuentro en casa de Leonor Ossorio (esposa del embajador de Carlos I de España y V de Alemania en Roma, Juan de Vega). Isabel acusó a Ignacio de haberse quedado con sus bienes y le exigió una contrapartida. Ignacio alegó todo lo que la Compañía había hecho por las tres mujeres. Ella amenazó con dejar de financiar a los jesuitas si la expulsaban. La llegada de los sobrinos de Isabel a Roma acabó de complicar la situación. Ignacio abandonó el lugar, no quiso recibirla más y escribió una carta que entregó al jesuita Jerónimo Nadal para que, a su vez, se la hiciese llegar a ella:

Es veritat que jo desitjo a major gloria divina satisfer els vostres desitjos i tenir-vos en obediència [...]. Tanmateix no trobant en mi disposició ni les forces que desitjo per això, per les meves assídues indisposicions i ocupacions en coses, per les quals, tinc principal obligació a Deu N. S. i a la santedat del nostre Sr. En el seu nom, així mateix, veient d'acord amb la meva consciència, que a aquesta mínima Companyia no li convé tenir especial càrrec de religioses amb vots d'obediència, a més segons, el que farà mig any vaig explicar llargament a S. S. (Pau III), m'ha semblat a major gloria divina retirar-me d'aquesta cura de tenir-vos com a filla espiritual, en obediència (Vila i Despujol, 2013: 71).

La masculinización de la Compañía quedaba institucionalizada. Isabel Roser abandonó su residencia de Santa Marta y se marchó de Roma. En enero de 1549 entraría en el convento de Santa María de Jerusalén, ya en Barcelona. Ignacio nunca contestó a sus cartas pese a que ella le siguió considerando su guía espiritual. Isabel murió en Barcelona el 8 de agosto de 1554; Ignacio de Loyola, en Roma, el 31 de julio de 1556.

La proyección de la Compañía en Cataluña tuvo enorme fuerza a lo largo del tiempo. Ahí está como testimonio el papel de Francisco de Borja, valenciano de Gandía, que fue virrey de Cataluña, y hombre de absoluta confianza de Carlos I. Desde 1539, su vocación religiosa se fue construyendo, en contacto con los primeros jesuitas Fabro y Araoz. Borja, tras morir su esposa en 1546, profesó como jesuita, llegando a ser General en 1565. Uno de sus hijos, Juan de Borja, acompañó a su padre, en el ingreso de la Compañía (Lamet, 2014).

En los siglos XVI y XVII brillan muchos jesuitas catalanes que destacaron por su proyección cultural en el conjunto de la monarquía española. Unos fueron misioneros, como Pedro Claver en Cartagena de Indias, Rafael Ferrer en Perú, Joan Font y Raimón de Prado en México, Francesc Ros en la India, Joan Solans en Brasil, Miguel Viñas en Chile y Francesc Colin en Filipinas. De entre los misioneros, aparte del santo Claver, sobresale la figura de Antoni de Montserrat, nacido en Vic, que entró en la Compañía, en 1558, en Portugal. Ahí fue profesor del Colegio de Lisboa. En 1574 formó parte de la expedición de Alejandro Valignano a Goa, donde se instaló. De Goa, conjuntamente con Rodolfo Acquaviva, sobrino del general de la orden, salió para el norte de India. De ahí pasaría a Etiopía. Tras peripecias y naufragios múltiples, sería capturado por los piratas turcos y liberado al cabo de seis años. Acabó ejerciendo como misionero en Goa, donde murió en 1600 (Alay, 2006).

Otros jesuitas destacaron como predicadores, como Jaume Albert, crítico con el teatro, o como profesores, caso del filólogo Antoni Font; unos hicieron gala de teresianismo, como Antoni Salvador o Antoni Prats; otros sobresalieron por su militancia política, como Manuel Marcillo o Antoni Marqués, que escribieron sobre la identidad catalana en los años de separación de Cataluña de la monarquía española; otros, como Josep Rocabertí o Francesc Bru, escribieron *Exequias* a la muerte de Carlos II (Benítez Riera, 1996: 188-232).

La implicación de la Compañía en la política española fue una constante a lo largo de la dinastía de los Austrias, conjugando siempre la identidad catalana con los intereses de la monarquía, lo que queda bien explícito en la *Historia de la Provincia de Aragón* de Gabriel Álvarez (212-216 y 330-398).

Un cierto sentido nacionalista imperó entre los jesuitas catalanes. Un buen ejemplo es el jesuita catalán Pere Gil, rector en Barcelona y provincial de la provincia de Aragón, autor de la *Geografía de Catalunya* en cuatro libros, el primero editado por Josep Iglésies, y el segundo, objeto de la tesis de Rodolfo Galdeano (Iglésies, 2002; Galdeano, 2015). El tercero y el cuarto están dedicados a vidas de santos catalanes. Escribió asimismo una vida de Estefanía de Rocabertí y el informe sobre la brujería presentado al rey en 1619, de neto significado racionalista, que conectaría con la visión del inquisidor Salazar Frías en los procesos de Zugarra-

murdi de 1610: escepticismo ante la vinculación de las brujas con el demonio (Alcoberro, 2008: 485-504).

En el siglo XVIII siguen destacando, en el ámbito de la monarquía española, abundantes jesuitas catalanes en diversas facetas: Francesc Fluvià escribió una vida de Ignacio de Loyola. Josep M.^a Benítez Riera en su nomenclátor de jesuitas catalanes cita, como singularmente ilustres, a Mateu Aymerich, Josep Borràs, Ignasi Campserver, Josep Casanovas, Tomàs Cerdà, Ignasi Rafael Corominas... De entre ellos destacan múltiples profesores en Cervera, como Blas Larraz, Felipe Andreu, Tomàs Feu o Josep Pons. Y es que en la Universidad de Cervera tuvo un papel fundamental la Compañía de Jesús. Entre sus catedráticos más prestigiosos sobresale Pere Ferrusola, especialmente admirado por Benítez Riera. Ferrusola nació en Olot, en 1705, y entró en la Compañía en 1722, junto con su hermano Bonaventura. Ambos fueron profesores de teología suarista en Cervera. Ferrusola organizó una congregación mariana, «El refugio de estudiantes pobres», y predicó la atención a los gitanos fomentando la piedad popular. Asimismo, fue un gran propagandista de la Inmaculada Concepción, proclamada como patrona de las Españas en 1760 (Benítez Riera, 1996: 26-28).

El libro de Felio Villarrubias ha incidido en la significación de los jesuitas catalanes en el siglo ilustrado, subrayando las figuras de Antoni Codorniu o Josep Finestres, el cual hizo gala de un singular racionalismo, próximo al benedictino Benito Jerónimo Feijoo (Villarrubias, 1970).

Pese a las peripecias de la expulsión de los jesuitas de España, a partir de 1767, es innegable que estos tuvieron un papel trascendental en la defensa de los valores hispánicos frente a las críticas italianas de Girolamo Tiraboschi o Saverio Bettinelli. Conviene, al respecto, tener presentes a personajes ya estudiados por el padre Miquel Batllori como Francesc Xavier Llampillas, Joan Nuix o Joan Francesc Masdeu (Batllori, 1967).

Llampillas ingresó en la Compañía en 1748. En Italia, después de la expulsión, escribió su *Saggio storico apologetico della letteratura spagnola* (Génova, 1779-1781), que en dos volúmenes construía una apología brillante de la cultura española desde la época romana. La obra fue traducida por Josefa Amar de Borbón y publicada en Zaragoza en 1782-1786 y en Madrid en 1789. La visión de Llampillas es significativa:

Desafío al más docto que busque en cualquier nación un siglo entero que merezca este bello título con más justicia que el siglo XVI de la España. Tiempo en que llegó a lo sumo del honor la gloria militar mantenido por tantos capitanes esforzados, cuantos nunca vieron unidos Grecia ni Roma; y en que las conquistas de las armas españolas excedieron los límites de las de los Alexandros y Césares, siglo en que se esparció por toda Europa, la literatura española y pasando el Océano se comunicó a un nuevo mundo. Siglo en el que dio a España una multitud de obras inmortales que fueron y son el día de hoy, reputadas por los

verdaderos sabios como preciosas producciones del ingenio humano. Siglo en el que florecieron felizmente las nobles artes, bajo la protección de nuestros poderosos monarcas y perpetuaron méritos con los más soberbios monumentos. Siglo en que las fábricas surtieron a Europa y al nuevo mundo de las labores más estimadas y en que el comercio de los españoles excitó la envidia y la emulación de todas las Provincias de Europa (García Cárcel, 1992: 141).

Los hermanos Joan y Rafael Nuix destacaron también por su voluntad de defender los valores positivos de la historia de España. El primero escribió una obra netamente antilascasiana. El título en italiano fue *Riflessioni imparziale sopra l'umanità degli spagnoli nell'Indie*, obra traducida al castellano por Pedro Varela y publicada en 1782. Los Nuix escribieron sobre los conflictos Iglesia-Estado contra la incredulidad y el escepticismo religioso.

Joan Francesc Masdeu no era propiamente catalán porque nació accidentalmente en Palermo, eso sí, de familia catalana. Escribió su *Historia crítica de España y de la cultura española*, publicada en italiano entre 1781-1788, que, a juicio del propio autor, estuvo, en todo momento, inspirada por el amor a España. De los seis volúmenes, el propio Masdeu tradujo el primero del original italiano. Los restantes fueron traducidos por Bernardo Arana. La edición española comenzaría en 1783. El resto de los volúmenes, hasta veinte, los escribió ya el propio Masdeu en castellano. La defensa del carácter español, por parte de Masdeu, es relevante:

Sus naturales son pensativos, contemplativos, penetrativos, agudos, juiciosos, prudentes, políticos, vivaces, prontos en concebir, lentos y reflexivos en resolver, activos y eficaces en ejecutar. Son los más firmes defensores de la religión y los maestros de la ascética; hombres devotos y si pecan por exceso, es con alguna inclinación a la superstición, pero no a la impiedad. Son los más afectos y fieles vasallos del Príncipe, humanos y cordiales, pero igualmente inflexibles en administrar la justicia. En el amor son ardientes, algo dominados de los celos, pero tiernos y constantes. La cordialidad, la sinceridad, la fidelidad y el secreto, calidades todas de un buen amigo, se halla en ellos. Son impetuosos contra el enemigo, pero generosos en perdonarlo. La palabra y el honor son cosas que ellos las miran sacrosantas y no hay quien ignore su desinterés y probidad en el comercio [...]. Respetan y quieren ser respetados. Hablan con majestad pero sin afectación. Son liberales, oficiosos, caritativos, y tienen gustos de hacer beneficios y exaltan las cosas forasteras más que las propias (García Cárcel, 1992: 142).

Y ello pese a que el proceso de la expulsión de los jesuitas, como ha destacado Enrique Giménez, no pudo ser más violento y humillante. La mayor parte de los padres catalanes de la Compañía fueron conducidos a Tarragona, en la madrugada del 2 al 3 de abril de 1767. Desde allí serían embarcados, en Salou, con destino a Roma (Giménez López, 2017).

En definitiva, los jesuitas expulsados, con su desgarró del exilio a costas, priorizaron siempre su patria sobre cualquier tentación de resentimiento hacia los responsables de su destierro. Arrastraron la contradicción entre su clara hostilidad hacia la monarquía, que los había arrojado fuera de España, y el amor hacia su propio país.